

PUBLICACIONES *Cinema*

Robert YOUNG
Madeleine CARROLL *en*

50
CENTIMOS



**EL AGENTE
SECRETO**

EL AGENTE SECRETO

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

DIRIGIDA POR

Alfred Hitchcock



SELECCIONES:

BRITISH FILMS DISTRIBUTORS, S. E. L.

PRODUCCION GAUMONT BRITISH PICTURES

Calle Aragón, 271

BARCELONA

Argumento narrado por

PUBLICACIONES CINEMA

PRINCIPALES INTERPRETES:

ROBERT YOUNG

MADELEINE CARROLL

PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

TALLERES GRAFICOS VDA. M. BLASI-BARCELONA

EL AGENTE SECRETO

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Entre cuatro cinco ardiente mástrase el feretro, cubierto con un gran paño negro. Millares de amigos y admiradores del finado desfilan silenciosamente ante el ataúd, que está ya cerrado y en cuyo interior duerme el sueño eterno el famoso autor John Broder.

En un lado de la pared de la estancia mortuoria, el retrato al óleo de un oficial del ejército, exhibe su juventud plástica de vida en contraste con la fría negación de la muerte. Pronto aquel recinto se llena de caballeros y jefes del ejército, que formando pequeños grupos, comentan el triste desenlace de aquel muchacho joven y simpático, autor de diversas obras que habían obtenido la aprobación del público selecto. Nadie sabía los pormenores del caso y la noticia cayó como una bomba en el seno de los círculos artísticos y en las penas de los amigos de John, y todos se apresuraron a presentarse en su domicilio para enterarse de algo que no sabían.

Peró en la casa mortuoria sólo se encontraba su ayuda de cámara, un muchacho mutilado, que sólo conservaba su brazo izquierdo, y era el que se encargaba de recibir a los visitantes y velar el cadáver. A las preguntas con que lo acorralaban, contestaba de forma tal, que el curioso quedábase en el limbo. Nadie podía saber más de lo que sabía, esto es, que el muchacho jefe del ejército, había muerto.

—Y esa fotografía de allí, ¿de quién es? — preguntó uno de los curiosos.

—John Broder — contestó el criado —. Era militar y ha muerto en acto de servicio.

A nadie le extrañaba la explicación, puesto que en tiempos de guerra, era normal. La conflagración del 1914 había tragado una víctima más.

Cuando, después de largas horas de desfile, se marcharon todos, y el criado se quedó solo, cerró herméticamente la puerta y se acercó a uno de los cirios que continuaban ardiendo encendiendo el cigarrillo que llevaba prendido en los labios; luego, ceremoniosamente, con una sonrisa de ironía que le huleaba ligeramente la boca, tiró del paño que cubría la caja e intentó cargar con ella. Esfuerzo inútil; con el único brazo que tenía no podía abarcarla toda y después de titánicos esfuerzos, rodó la caja por el suelo, abriéndose la tapa. Dentro de ella, nada yacía.

Los primeros rotativos que salieron a la luz iban cargados de notas y detalles de la muerte del famoso autor Jhon Broder. El mundo literario había perdido uno de sus mejores representantes contemporáneos.

A unos kilómetros de distancia, se encuentra sentado delante de la mesa de trabajo un general del ejército alemán, acompañado de su ayudante. Es el jefe de la red de espionaje, conocido por era, hombre de grandes energías y temperamento activo que no sosiega en pro de su patria. Mientras están conversando los dos oficiales, afuera, en la antesala, otro joven oficial pide permiso para entrevistarse con era, alegando ha sido reclamado.

El ordenanza pasó el recado y a los pocos momentos entra en el departamento del general Jhon Broder en persona, que se cuadra rigidamente delante de su jefe.

—A sus órdenes, mi general.

Le ha mandado llamar, oficial Broder, para ponerle al corriente de un asunto importante y darle ciertas explicaciones. Para los actos de servicio que le van a estar confiados ha sido necesario el simulacro de su muerte. Su nombre es demasiado conocido, en cambio, el de Ashenden, puede facilitarse mayor incógnita.

—Si, mi general, ya me he enterado de todos los pormenores de mi muerte — convetó sonriente Broder.

Partirá usted inmediatamente, siguiendo mis instrucciones y sin dejar de estar en contacto conmigo. Parará usted en el Hotel Excelsior, donde habita un águila espía inglés que debe caer en nuestras manos, y nadie mejor que usted podrá cumplir ese cometido. Mis hombres, le secundarán en lo que sea necesario.

—Está bien, mi general. Partiré inmediatamente.

El general da unos golpecitos amistosos en la espalda de Broder, sabiendo juntos del despacho.

Un ruido extraño que sabe del sótano los deja unos momentos en suspenso al pie de la escalera y a los pocos minutos una mujer morena sale, huyendo de un individuo bastante extraño que la persigue.

—¡Ah! — murmura por lo bajo el general, dirigiéndose a su acompañante — es el mexicano Calvo, que no deja tranquilas unas tardes.

Aturdido por el coraje que le producía la huida de la muchachita, el Mejicano se dio de narices con el general que se hallaba al pie de la escalera.

—Perdone, mi general — dice suavemente —. Las muchachitas me huyen y yo no sé qué hacer para contentarlas.

El que así habló era un individuo de corta estatura, algo entrado en carnes, de rostro cobrizo y cabello rizado, en pequeños caracoles. Sus ojos negrísimo brillan con una llama eterna de lujuria y en su boca carnosa, de mulato, luce siempre una sonrisa pueril. Una argolla recia de oro, empuja de su oreja derecha.

Broder quedóse contemplando aquel individuo, que en la sucesivo sería, tal vez su compañero, felicitándose en su fuero interno, por el gesto de repugnancia que la joven mostraba al pasar junto a ellos como un relámpago. En verdad que aquel hombre era muy poco atractivo.

Al día siguiente se personó en el Hotel Excelsior, Broder, correctamente vestido de paisano, llevando su equipaje como si regresara del extranjero.

Al entrar repasó con cuidado el espléndido hall del hotel, dirigiéndose al gabinete de informaciones.

—¿Existen unas habitaciones para mí — dijo.

—Está bien, señor. ¿Me hace la gracia de llenar las hojas?

Ashenden sacó la estilográfica dispuesto a cumplir con aquel requisito.

—¿A nombre de quien? — volvió a preguntar el empleado.

—Ashenden.

—Perdone el señor, pero ya las tiene reservadas.

—¿Quién las ha encargado?

Su esposa. Hace pocas horas llegó y ella misma me

indicó que al venir usted le posara recado de que le espera arriba.

—Gracias. Así me llevo las hojas y las llaves en mi departamento.

—Como quiera el señor.

Ashenden vivamente sorprendido, por hallarse en el hotel, con una presunta esposa que después de usurparle su nombre postizo se mete a dar órdenes, cruzó el hall otra vez en dirección al ascensor.

En aquellos momentos un perrito de lanas se batió entre las pías, y Ashenden que ya preocupado, le da un pisotón.

A los quejidos del animal se le acerca un hombre alto, de porte distinguido, que coge en brazos al perro, acariciándole mimosamente la patita lastimada. Ashenden se desliza en exultación, que el desconocido contesta con un marcado acento inglés, mientras Ashenden se mete en el ascensor.

Al entrar en la habitación cuyo número le ha indicado el empleado se encuentra que está ocupada por un caballero joven, que se halla sentado en uno de los butacones, de espaldas a la puerta de entrada, llevándose un grueso racimo de uvas a la boca, mientras en voz alta va hablando con una desconocida que en el cuarto de baño se está haciendo el tocado.

Ashenden retrocedió, cerrando de nuevo la puerta y percatándose que el número que muestra, es el que le han indicado, vuelve a entrar, resueltamente.

El joven seguía hablando.

—Oye menina, ¿qué hacemos esta tarde? Te aseguro que si aceptas salir conmigo, nos vamos a divertir mucho.

Y el oficial se disponía a salir de nuevo creyendo sufrir un error, cuando la voz femenina confesó:

—Imposible, amor mío. Estoy esperando de un momento a otro, a mi marido.

No cabía duda; aquella era su habitación y aquella mujer que acababa de ser su esposa, y, sin duda, aquel jovenzuelo atildado y meloso, el amante.

Y entró nerviosa, en la habitación cerrando violentamente la puerta, pues aunque nada tenía que ver con aquella mujer le irritaba pusieran tan por lo bajo su nombre.

Al ruido producido, el joven atildado se levantó rápidamente, quedándose frente a frente de Ashenden que lo miraba con el ceño algo fruncido.

—¿Qué dices? — se afesó a preguntar.

—Soy Ashenden, el marido de la mujer que está ahí dentro arreglándose.

Por el rostro del joven pasó un relámpago de sorpresa.

—Perdona — dijo sonriente —. Creí que era más viejo.

Del cuarto de baño, aterrada por el portazo y las palabras que se habían cruzado los dos hombres, salió una mujer envuelta en un ajaso albornoz.

Este se quedó largo rato contemplando aquella joven de cabellera rubia y bellos ojos, en los que asomaba una expresión de tristeza.

El petimetre, majelando todavía las uvas, no sabía qué hacer. Finalmente, se decidió a partir, no sin dejar de murmurar, a espaldas de Ashenden, y, haciéndole cuatro guiños, como queriéndola convencer de que saliera con él. Luego inició el gesto de tirarle el racimo, pero reteniéndolo, optó finalmente, por quedarse con él, desapareciendo.

Según el matrimonio, la joven regresó al cuarto tocador, seguida de Ashenden, que luego de quitarse el sombrero y el abrigo, preguntó:

—¿Se puede saber a qué se debe encontrarme con una esposa?

La joven se sonrió. El aspecto correcto y varonil del agente no le había desagradado.

—Acato órdenes dadas — dijo — ora me señaló lo que tenía que hacer y aquí estoy.

—La verdad es que para asuntos de trabajo me creo bastar sola.

—No lo duda. Yo también creí que la suerte me depararía un hombre más entrado en años de todas formas, estoy contenta que no sea así.

—¿Con quien hablo?

—Con Elsa, actualmente la esposa de Ashenden, agente de ars, y creo que no lo vamos a pasar tan mal.

Ashenden continuó con el rostro ceñido y una expresión de coraje en los ojos, apesar de la encantadora sonrisa con que Elsa había acompañado sus palabras. No le hacía gracia que lo controlasen en sus trabajos y mucho menos una mujer; además, se había molestado secreta-

mette el chocolate que había sostenido con el polo.

—¿Quién era el que estaba en la habitación?

—¡Ah! Un joven muy simpático que conocí ayer. Salimos juntos o hicimos muy buenas migas. La verdad, yo no sabía con quien tendría que haberme y procuraba encontrar un entretenimiento para pasarme los ratos de aburrimiento que podría tener.

—No está mal; parece que la joven se pierde de lista.

—No; el trabajo es una cosa, pero la libertad individual es otra. Creo que luego de hacer lo que sea conveniente, puedo disponer de mí.

Mientras tanto, unas raras varoniles fardaban un telegrama cifrado que, transcrito, dice: «Novelista Broder llega hoy Hotel Excelsior; tome medidas».

La red del espionaje contrario se portaba de todas las precauciones y ponía sobre aviso a sus agentes. Ashenden había ya sido reconocido por su verdadera personalidad, pero el oficial alemán, ajeno a la agudeza de sus contrincantes, debatía, en la habitación asuntos particulares, junto a una hermosa mujer.

Unos golpecitos discretos en la puerta cortaron el diálogo de los dos agentes.

Ashenden fue a abrir y apareció sonriente como siempre. El Mexicano, que cumpliendo a su vez órdenes, se reunió con ellos para llevar a cabo la captura del espionista.

—Ya estoy aquí, dispuesto a trabajar. Me manda eso. Tú verás qué es lo que tengo que hacer.

Ashenden estrechó la mano del nuevo compañero, haciéndola entrar en el tocador, donde le presentó a su simpática esposa.

El Mexicano, después de saludarla efusivamente, sin disminuir la admiración que le provoca su belleza, se volvió rápidamente a Ashenden, comentando:

—No hay derecho, Ashenden. A ti el general te trata con mucha consideración. Incluso te da una mujer para acompañarte. A mí, en cambio, me deja siempre ir solo. Yo, verdaderamente, protesto.

—Cállate esa boca y no estés ahora para tonterías.

—No, no, Ashenden, ¿de verdad no vas a quedar nada para mí, de toda esa ternura?

El Mexicano no se resignaba a dejar de compartir parte



Sus ojillos negrísimo brillan como una llama eterna de lujuria...



La joven se olvida de cuanto la rodea atraída por aquel muchacho...

de la compañía de aquella mujer que, puesto que les ayudaba en sus trabajos, creía lógico, les atendiera particularmente.

Pero Ashenden, que sabía cómo las gustaba el compañero, evadió la conversación, no sin afirmarle que no tendría nada que ver con ella, puesto que en calidad de esposa estaba bajo su tutela.

Resignado, pero no convencido, el Mexicano transmitió a Ashenden, las órdenes y explicaciones que en persona traía.

—Debemos evitar, a toda costa, que el espía inglés, por quien nos encontramos aquí, llegue a destino. Se sabe que, en breve, tiene que partir para el Cairo, llevando una importante misión. También me han comunicado que no lejos de aquí, en una ermita, se encuentra un viejo organista, que sabe el nombre de ese espía y debemos ir alerta por cuanto el espionaje en esta ciudad está muy extendido; pero no te apures que este zabañero sabe vigilar y echar mano cuando sea necesario.

Después de las explicaciones dadas por el Mexicano, los tres agentes de oro planearon las primeras gestiones para dar con el paradero del hombre que buscaban.

Y aquella noche, bajaron los tres al restaurante, donde, durante la cena, fueron inspeccionando los huéspedes que se encontraban en el hotel.

Entre ellos estaba Marvin, el peñacere que Ashenden había encontrado en la habitación de Elsa, que, al pasar junto a ellos, les saludó sonriente.

Elsa correspondió amablemente a aquel saludo.

Después de cenar, Ashenden y el Mexicano, salen a la busca de algún indicio que les ponga sobre la pista, y Elsa, aceptando la invitación de Marvin, sale con éste, dispuesta a pasar una alegre noche.

De regreso, a altas horas de la noche, Marvin y Elsa están muy acaramelados. La joven se olvida de todo cuanto la rodea, atraída por aquel muchacho tan alegre y dicharachero, que se toma la vida como si fuera un juego, ajeno a toda preocupación. A pesar de su petulancia de don Juan y de sus tímidos de chiquillo, le es sumamente simpático y, por su parte, Marvin se siente feliz al lado de aquella bellísima mujer, que acepta juguetona y siempre su constante buen humor. Al dejarla en el hotel, Marvin le dijo:

—Mañana volveremos a salir ¿verdad?

Veremos; depende de lo que quiera mi marido.

—No seas tonta y déjalo estar a tu marido. Nos divertimos más tú y yo.

Al día siguiente, hallándose reunidos en la habitación las tres amigas, el Mejicano explicó un descubrimiento que había hecho.

Y ésta consistía en que al entrar en una tienda donde vendían diversos productos de comestibles y droguerías, se encontró con un hombre de cierta edad, a quien le estaba sirviendo el dueño. Luego de pagar el gasto de la compra, el tendero, con disimulo, le alargó un papellito blanco, que el hombre se guardó rápidamente, saliendo poco seguido.

Ya tenían una pista, puesto que aquel tendero era, sin duda, uno de los agentes de enlace con quien contaban sus enemigos.

También sabía que el organista de quien le habían hablado, continuaba en la capilla prestando sus servicios; por lo tanto no tenían que perder tiempo y averiguar inmediatamente, por mediación de aquel anciano, el nombre famoso del agente inglés.

Al día siguiente a primera hora de la mañana, el Mejicano y Ashenden emprendieron el camino hacia la ermita en donde se hallaba el individuo en cuestión. Desde la puerta de la capilla, oyeron el órgano.

Vigilando no ser espías por alguien, entraron cautelosamente en el recinto sagrado, dirigiéndose al altar principal en donde se arrodillaron, haciendo ver que rezaban. Ashenden negó tres cirios.

—¿Qué haces? — dijo por lo bajo el Mejicano.

—Es la consigna.

Luego, lentamente, los fue encendiendo, aguardando la respuesta. Pero ésta no se produjo; por el contrario, el órgano iba emitiendo notas.

El Mejicano que se impacientaba, cogió a su vez otros tres cirios, haciendo la misma operación que el compañero, pero la misma negación obtuvo.

—Exploremos por cuenta propia, sino estaremos aquí hasta mañana — dijo el Mejicano.

Los dos agentes se levantaron pisando suavemente, para no hacer ruido, y se metieron por los confesionarios en busca de la escalerilla de madera que daba acceso al coro, en donde el organista no cesaba de tocar.

Suavemente y sin hacer ruido, vigilando si alguien podría estar por su alrededor, se acercaron hasta el anciano.

—Es él — dijo el Mejicano — Las señas corresponden.

Ashenden lo rugió por el brazo. A la pequeña sacudida recibida, el organista cayó al suelo y el órgano, que no tenía la presión de los dedos en el teclado, empujécese. Rápidamente los dos hombres se inclinaron sobre él. No había duda, el anciano estaba muerto.

—Estrangulación — comentó el Mejicano — Bonito procedimiento.

—Nos han tomado la delantera. Seguramente sabían que nos íbamos que informar. Pero fíjate ha habido algo de lucha, tiene esta mano agarrada.

—Yo cuando hago estas cosas, soy más fino. Un ligero apretón y ya los dejo inservibles. No son tan matosos como creía.

Con titánicas esfuerzos lograron abrir la mano del cadáver, recogiendo un botón de cuero trenzado, color marrón.

—Ya tenemos un indicio; no hay que desesperar. Si éste no nos ha podido decir el nombre del que buscamos, el botón lo descubrirá. Seguramente, el autor de esto es el mismo que le interesa estar en la insignifia, y que usa de todos los medios para no ser descubierto.

Unos pasos que resonaban en la iglesia les hicieron abandonar el lugar, pero no habiendo sistema de salir de nuevo a la calle, optaron por subir al campanario, apostándose en las vigas de hierro que sostenían las campanas y desde cuyo escandito divisaban todo cuanto sucedía en el coro, sin temor de ser descubiertos.

Los recién llegados cuando descubrieron el crimen, lanzaron al vuelo las campanas reclamando auxilio. El volteo de éstas, por poco después de la viga al Mejicano, que distraídamente contemplaba todos los preparativos y gestos que las de abajo hacían, teniendo que ser sostenida por Ashenden.

—Cree que nos estaremos muchas horas — decía el Mejicano.

El ruido era tan ensordecedor que no podían oírse mutuamente.

—¿Qué dice?

—Que tardaremos mucho en poder escabullirnos — gritaba con todas sus fuerzas el Mejicano.

Verdaderamente no cesaban de entrar nuevos individuos reclamados por el eco de las campanas, y pronto la noticia del asesinato del organista cruzó por todas partes.

Era anochecido ya, cuando los dos agentes de ayo pudieron dejar su escondite regresando de nuevo al hotel, y llevando como un relicario aquel botón que habían arrancado de la víctima.

—¿De ha salido bien la gestión? — preguntó Elsa.

—No del todo. Cuando llegamos nos habían tomado la delantera y el organista estaba ya muerto.

—¿Sí; una estrangulación mediana — habló el Mexicano mientras se miraba las manos con cierto orgullo — Yo lo hago mejor.

—No obstante, hemos encontrado este botón de cuero que el organista llevaba en la mano. Ahora no debemos seguir hasta dar con su dueño. Así sabremos quién es el autor del crimen.

—¿El organista ha sido estrangulado? — preguntó Elsa, como si no hubiese oído bien.

—Sí — detalló Ashenden —. Le hemos hallado sentado ante el órgano. Realmente, como dice el Mexicano, la muerte le ha sido producida algo toscamente, pero en términos generales, el procedimiento es notable: le fueron colocadas las manos sobre el teclado, lo suficientemente rígidas para que el órgano no dejase de tocar. Así nadie habría podido darse cuenta de nada, hasta quien sabe cuándo a no ser por nosotros y aún porque nos movía la necesidad de entrevistarnos con él.

Elsa permaneció unos momentos profundamente reflexiva. Al fin, dijo:

—Así, pues, es evidente el propósito de que se tardase todo lo posible en descubrir el crimen.

—Exacto, es lo que acabo de decir.

—No creo que ello haya obedecido a un simple capricho de imaginación.

—Explique sus definiciones, Elsa.

—A mí entender, tan extraña manera de quitar la vida a un hombre que nos tenía que revelar un grave secreto, obedece a la idea de ganar tiempo para ejecutar algún plan importante.

El Mexicano miró a la hermosa joven estupefacto, y Ashenden le imitó, no sin cierta admiración.

—No es una cosa imposible — dijo este último —. La supresión del organista lleva aparejado un doble manejo secreto, dirigido contra nosotros. Es necesario que vivamos continuamente sobreaviso. Tengo la convicción de que nuestro enemigo no se encuentra lejos.

Probablemente en el mismo hotel — comentó el Mexicano.

Puestos de acuerdo y coincidiendo en las sospechas del peligro, los tres agentes se prepararon para poner inmediatamente en acción un nuevo plan combinado.

Anochecía y las salones del hotel se iban poblando de damas elegantes y caballeros irreprochables.

Todas las mesillas individuales se hallaban llenas, y en el centro, rodeando la mesa de la ruleta, había una doble fila de admiradores.

Tampoco faltaba en la sala, Marvin, que en cuanto descubrió a Elsa, se la acercó, saludándola alegremente, con el consiguiente coraje de Ashenden, que sentía por la joven una profunda simpática motivo de callados celos.

Los dos agentes, acompañados del Mexicano, que danzaban de un lado a otro, haciéndose el distraído y mirando las caras bonitas que se exhibían, a la caza de alguna aventura amorosa, se acercaban a la ruleta, apostando unos billetes.

Al poco rato, entró en el salón un caballero, ya conocido de nosotros, llevando en brazos un perrito de lana.

—Señor — le dijo uno de los criados —. Aquí está prohibido entrar con perros.

Al oír esas palabras, Ashenden volvió la cara, reconociendo en aquel caballero, al que el primer día de llegar al hotel cruzó unas palabras de disculpa en el hall con motivo de haberle pisado el perro. Y una idea relámpago cruzó por su frente. ¿Sería aquel inglés el hombre que buscaban?

—Lo siento — respondió el interpelado —. No tendré otra solución que irme yo también.

—De ningún modo — replicó Ashenden —. Tengo entendido que el reglamento del hotel no habla de semejante prohibición, sobre todo cuando el perro se lleva en brazos y, por consiguiente, no produce molestias.

—Señor mío — replica algo atrevido el empleado —. Le repito a usted que el reglamento especifica escuetamente esta cuestión.

—No discutan más — dice a su vez el Mexicano — Vaya usted a buscar el reglamento y delante de todas se lee ese artículo que usted cita.

En el pequeño coro que habían formado ciertos curiosos, se hallaba Marvin, que parecía seguir con cierta curiosidad y muy divertido, aquellas escenas.

El desconocido le dio las gracias a Ashenden, presentándose complacido:

—Soy Mister Caypor.

Comenzó — contó nuestro agente ceremoniosamente y afectando gran simpatía — Creo que antes le vi a usted...

Mientras le hablaba, Ashenden no cesaba de escrutar aquel rostro tratando de penetrar el pensamiento que se escondía tras él. La idea de que toda la trama de la inmensa tela sobre la que él discurría, residía en el extravagante aristócrata, se afirmaba más en su cerebro.

Por su parte, el extranjero parecía muy encantado de sus atenciones y completamente ajeno a toda sospecha. Tenía el aspecto algo necio, una necesidad totalmente extraña a su porte y a su gallardía.

Ashenden tenía buen oficio y como de vez en cuando veía esa anomalía, cosa que le indujo todavía más a ahondar en la psicología de su conductor. Al efecto concibió un ardid poco usado, pero que a él le había dado resultados maravillosos en anteriores ocasiones, y esto consistió en meter a Mister Caypor en una conversación completamente estúpida para ver hasta qué punto la seguía con naturalidad.

—Me enseñan los animales — le dijo, afectando un verdadero cariño por los animales.

—A mí también. ¡Oh, son mi devoción!

—En mi despacho tengo colgados diversos pergaminos, en los que hay escritas grandes máximas de filósofos célebres en las que se dice que el estado superior en el hombre se deduce de la cantidad de animales de que sabe rodearse.

—¡Originalísimo!

—¿Lo cree?

—Plenamente.

—En rigor, el hombre es un animal y quien sabe si...

—¿Se referirán los filósofos al hombre?

—Exacto — terminó Ashenden sonriendo con inofensiva malicia.

—Es usted muy agudo — comentó Mister Caypor con absoluto candor.

No obstante la perfecta idiosincrasia del desconocido, nuestro agente creyó observar que entre las pliegues de su sonrisa se escondía todo un mundo de astucias. Dio el diálogo por terminado, diálogo que, aparte sus personales observaciones, le convenció de que la fama de extravagante de que gozaba aquel señor era bien fundada.

Pasado aquel pequeño incidente, volvieron a la ruleta, continuando el juego. Frente a ellos Caypor apostó también, Ashenden, después de apostar un par de veces, colocó sobre un color el botón que había sido hallado en la iglesia. Todos los jugadores celebraron aquella ingeniosidad del muchacho, pero una señora de las que estaban sentadas en la mesa, fijándose en la americana que llevaba Caypor, exclamó, deseosa de continuar la broma.

—Le falta a usted un botón, Mister; ¿no será, por casualidad, éste?

El interpelado se miró la americana, constatando que, en efecto, le faltaba un botón y cogiendo el que la señora le ofrecía, comprobó que son idénticos.

—Muchas gracias — responde el inglés — Sin duda es mío.

Ashenden y el Mexicano cruzan una mirada de inteligencia.

Aquel era el individuo al cual era necesario suprimir.

Al día siguiente, Ashenden recibió otro telegrama cifrado, procedente de acá, que decía: «El hombre partirá mañana; hagan todo lo posible para evitarlo.»

Enterada del contenido del telegrama, Elsa mostró un profundo disgusto. Ashenden era para ella un perfecto caballero por el cual sentía ya un cariño que la iba uniendo lentamente, y la idea de que el hombre que ella empezaba a querer se convirtiera en un asesino la electrizaba. Por otra parte, el señor Caypor era sumamente simpático y un perfecto marido, ya que se mostraba siempre muy amante de su esposa para la que no regateaba galanteos; además, tenía una expresión de rostro demostando quietud y bondadosa para ser el temido agente.

Ashenden, para quien no le pasaban desapercibidas las luchas interiores que Elsa sostenía, con la que siempre se mostraba correcto, aceptando más la nota delante de ex-

trañas, para simular perfectamente que eran un matrimonio muy avenido y enamorado, desecó de distraer la imaginación de la joven, procura distraerla sin dejar descuidado su trabajo, que le sirve para evitar que su pensamiento vaya tras ella con tanta frecuencia, convencido de que el corazón de la chica está totalmente en manos de Marvin, por el que siente una destacada aversión.

Por la noche, en el restaurant, Mister Caypor les presentó a su esposa.

La señora Caypor era una señora de mediana edad, vestida muy sencilla, y de rostro agradable, lo que demuestra sentir una verdadera admiración por su marido a quien no se cansa de elogiar, estando siempre atenta a lo que él puede desear para complacerlo.

El aspecto del joven matrimonio Ashenden, pareció agradable en extremo, mezclándose rápidamente una franca camaradería entre todos, brindando por la misma felicidad y sentándose en la mesa de Ashenden. Durante el desarrollo de la conversación, Elsa no cesaba de mirar a Mister Caypor, lamentando interiormente que aquel hombre tan amable, cuya conversación animada y fácil daba gusto oír, le quitasen en pocas horas su vida. Su corazón femenino latía de compasión por aquella señora que, en pocas horas, probaría la amargura de su marido de vida.

Ashenden y el Mexicano se miraban a su vez, planeando, con la vista, la ocasión propicia para tenderle las redes, y éste no se hizo esperar.

El giro de la conversación condujo al comentario del alpinismo, declarándose Mister Caypor ser uno de los más aficionados.

—Yo también siento una verdadera inclinación por escalar altas picas — declaró con intención el Mexicano —. Me han informado que cerca de aquí se encuentran unas montañas intermarxistas. Usted debe saber algo de eso.

—Va lo creo — contestó Caypor —. Diversas veces he subido hasta el pico más alto, y es seguro que es una excursión deliciosa.

—Puedo asegurarles — terminó la señora Caypor — que el camino que él sabe es el más corto, aunque tiene ciertos peligros, pero, afortunadamente, Caypor sabe donde pone los pies.

El Mexicano dirige a Ashenden una panzante mirada, que sorprendió Elsa.

Suavemente el destino les colocaba entre manos la ocasión propicia para suprimir a un enemigo, no pasando de ser un accidente como otro cualquiera.

—Con gusto les acompañaría — continuó incoherentemente Caypor — pero parto muy en breve y no habrá tiempo de hacerlo.

—No sabe usted cuánto lo siento — contestó el Mexicano —. Si no fuera abusar de su amabilidad le rogaría, de tener tiempo, me acompañase mañana mismo. Para estas cosas soy algo impaciente, sobre todo cuando excursiones de esta envergadura no surgen muy a menudo, por lo que procuro aprovecharlas todas.

—Siendo mañana mismo, sin podré acompañarle, porque no parto hasta pasado mañana.

—Me quieren con ustedes? — preguntó Ashenden —. Yo no soy tan aficionado como mi amigo, pero no dejo de sentir cierta curiosidad por esas montañas que usted ha ponderado tanto.

Mister Caypor había caído en la ratonera, quedando acordado que al día siguiente los hombres saldrían temprano para realizar la excursión y las respectivas esposas se reunirían en la habitación de Caypor, donde su señora le daría a Elsa unas lecciones de inglés, para pasar un poco el rato.

Marvin, no dejaba perder la menor ocasión de pasar un rato junto a Elsa, y aprovechando un momento propicio se acercó a ella, tratando en que lo acompañase al día siguiente. El muchacho desahució en explicarle que su aspiración era tenerla cerca, saturarse de sus encantos, conversar un poco y divertirse un mucho, pero Elsa, seriamente preocupada, oía vagamente las explicaciones de su galán, negándose a salir y alegando como justificante, la visita que al día siguiente tenía que hacer a la señora Caypor, la que se había ofrecido gentilmente a darle unas lecciones.

—Si es eso, no importa. Te acompañaré y de paso aprenderé también la lección — dijo sonriente Marvin —. No dejaré de ser divertido si juntos al colegio como si fuéramos un par de chiquillos.

Por el estrecho sendero iban subiendo Mister Caypor, que les llevaba unos pasos de delantera, y Ashenden, junto con el Mexicano. Los fuertes bastones de montaña se hun-

dian en la blanca nieve y las altas notas dejaban profundas huellas. Hasta ya algunas horas que continuaban y Ashenden empezaba a sentir cierta fatiga, no así Caypor que, animosamente, continuaba su camino, volviéndose de trecho en trecho, señalando con el bastón algún punto de belleza panorámica que comentaba entusiasmado.

—Ha hecho tres veces este camino y cada día se me antoja más hermoso. ¿Serán ustedes cansados?

—Por mí, en absoluto — contestó el Meicano —. Ya le dije a usted que esta clase de excursiones me entusiasman.

—¿Y usted, señor Ashenden?

—Yo sí siento algo de fatiga.

—Cruza de aquí en una pequeña hondanada, hay un observatorio, que si le interesa podría quedarse descansando. Desde el único podría ver cómo nosotros vamos ascendiendo hasta el pico más alto. No deja de ser, también, algo interesante contemplar a larga distancia estas magníficas crestas sin moverse del sitio.

La idea le gustó a Ashenden, que a merced que se acercaba la hora fatal de darle el pasaporte, iba urdiéndole la inquietud, deseando no estar junto a ellos cuando sucediera el drama.

—Acepto la invitación, Mister Caypor. Yo les dejaré a ustedes y cuando regresen me pasaré a recoger.

Mister Caypor sonrió, sin dejar de caminar.

El Meicano, seguía detrás de él, con los ojos fijos en su futura víctima. Ya durante el camino que habían recorrido, estuvo tentado diversas veces de echarle las manos al cuello, pero Ashenden, que, a pesar de todo era un caballero, lo contentó, alegando sería mejor vigilarlo para impedir se desplazara.

Me repugnan esta clase de crímenes amigo mío — le decía por lo bajo —. Creo que no hay necesidad de llevar las cosas a este extremo. Podemos no perderlo de vista, controlándole todos sus pasos.

—No, Ashenden, lo mejor es quitarlo de enmedio y quedarnos tranquilos.

Ashenden comprendió que aquel sabueso de era, primero se dejaría matar que no cumplir al pie de la letra órdenes dadas por este, motivo por el cual el general lo había colocado a su lado, ya que no le había pasado des-

aperribido que Ashenden era un buen elemento que sabía sacrificarse por la patria pero sin llegar a mancharse las manos con una muerte. Y calló, no sin sentir bastante repugnancia por aquel hombre extravagante que llevaba las manos cubiertas de sangre de diversos crímenes perpetrados, pero que en su apariencia y manera de expresarse, parecía un chiquillo.

Decidió, pues, quedarse en el observatorio, alegando que la fatiga le iba aumentando, impliéndole hacer un esfuerzo para acompañar a los dos hombres y estos, después de desearle se repusiera un poco para el regreso, continuaron su camino. El uno en busca de unas bellezas que le darían la muerte, y el otro, deseado terminar con aquel asunto que, por lo largo que se hacía, empezaba a serle enojoso.

Ashenden, pegado al telescopio veía perfectamente a los excursionistas como seguían su ruta. El anteojo de larga distancia le colocaba las figuras a dos pasos, pudiendo repasar sin molestia alguna, sus menores gestos.

Veía la cara enigmática del Meicano, husmeando la ocasión propicia para salir impune de aquella aventura. Sus manos temblorosas con stán de estrabujarse, avanzaban diversas veces, febrilmente al menor movimiento que hacía Caypor, que, confiado caminaba apoyándose en el bastón, volviéndose, como tenía por costumbre, y etunándose unas palabras.

En el estancillo de la señora Caypor, Elsa y Murvin, sentados en un sofá, escuchan complacidos las explicaciones de la dama que a cada nueva palabra que pronunciaba la joven con su marcado acento alemán, se oírse procurando corregirla, y reptiéndola ella. Sus manos, en constante movimiento van tricoteando al mismo tiempo un pullover para su marido. En los pequeños altos de la lección, la señora Caypor comenta con ellos la excursión que estará realizando su marido en compañía de los dos amigos, esperando el regreso de los ausentes para que le expliquen los pormenores ocurridos durante la misma.

Toda la tarde, el perfil de lanas que hablase quedado en casa, mostraba una impaciencia desconocida. Elsa no cesaba de mirarle, sintiendo una angustia que le anudaba la garganta. Ya había avisado a Ashenden que se abstuviera de matarle, pero presentía que su humanismo

podía parecerles a los hombres una puerilidad femenina. La silueta de Caypor correto y bonachón se le presentaba envuelta en los tules del remordimiento, que iba acentuándose a medida que el perrito se impacientaba, queriendo salir a toda costa, por lo que no dejaba de rascar con las patitas la puerta, suplicando paso libre, para correr en busca de su amo. ¡Ven aquí! — le gritó la dama.

Pero el perro no hacía caso a la orden y continuaba rascando la puerta.

—No sé qué tiene este perro — comentó la señora Caypor — Siempre que sale mi marido sin llevarlo, se pone impaciente, pero como hoy, nunca.

El perro parecía entender lo que su ama decía, continuando husmeando la puerta y clavándole las pupilas.

No sin esfuerzo se logró que el perro se echara a los pies de su ama. Elsa palidecía, sentía una angustia que le oprimía el corazón y hacía esfuerzos inauditos para disimular sus íntimos sentimientos. Aquel perro era una obsesión, ya volvía a estar junto a la puerta, ladrando suavemente.

Marvin miraba con interés aquellas escenas, sin fijarse mucho en su compañera y comentando en voz alta con la señora Caypor qué es lo que el animalito podía sentir.

Desde el observatorio, Ashenden seguía la ruta de los dos excursionistas, impaciente y pálido, también. De pronto, vio avanzar las manos temerosas del Mexicano, hincándose como garfios en el cuello de Caypor. Falto de valor, apartó unos minutos la vista. No podía ser testigo de aquella villanía. Un sentimiento de piedad invadió su alma, y una fuerza secreta le hacía apartar la vista, pero luego, rarinándose, volvió a aplicar los ojos al anteojó y vio, allí en la lejanía, recortado en el fondo de un cielo compacto y monótono, una sola figura. El Mexicano llevaba una expresión salvaje de contento y ya solo, retrocedía el camino andado para reunirse con Ashenden. El crimen estaba consumado. El alpinista había rodado los alcos abismos, hundiéndose para siempre en ellos.

Y en aquellos mismos instantes, el perrito de lana lanzaba sus plañideros aullidos, que pusieron los pelos de punta a la pobre Elsa, que acabó tapándose la cara, mientras en el rostro sereno de la señora Caypor se dibujaba una sombra de angustia.

—Debe haber pasado algo. El perro no se equivoca fácilmente. ¡Qué horror!

Ashenden cursó rápidamente un telegrama cifrado en el que daba cuenta de haber cumplido hasta el final su misión.

Cuando se encontraron solos en la habitación del hotel, Elsa expuso a su compañero, que no estaba dispuesta a seguir trabajando con ellos, pues si bien había realizado diversos servicios en el cuerpo de espionaje, nunca había llegado a mancharse con la sombra de un crimen. En aquel ambiente no podía continuar y por lo tanto, presentaba a Ashenden su dimisión. Al oír la razón de aquella forma, el joven comprendió que ella tenía razón y la pasión oculta que llevaba en su alma se desbordó saliendo a flor de labio. Él, al igual que ella, había sentido remordimiento y repugnancia hasta el extremo que, faltar de valor para continuar la obra, se había quedado en un pequeño valle, desde donde había visto parte de la escena.

—Es lo mismo — dijo seriamente Elsa —. Lo consentiré y eso basta.

Ashenden, abochornado por las réplicas de Elsa que evidenciaban la completitud de él, en el crimen perpetrado, decidió presentar a su vez la dimisión y reanudar una nueva vida de paz con ella. Elsa no podía creer en tanta felicidad.

—Si me quieres como dices — continuó Elsa loca de alegría — nos podemos marchar lejos y vivir felices, fuera de todos estos peligros e intrigas. Es hora ya de que descansemos.

Pero el destino no estaba dispuesto a la felicidad de los jóvenes.

Por la noche, desensos de disimular la pena y el malestar que llevaban en sus almas, decidieron ir a un restaurant, donde unos singaras locaban y bailaban. En medio de la alegría que rebotaba el local, Ashenden permanecía con el ceño fruncido, perdido en desagradables pensamientos que no lo dejaban y Elsa, insensible a todo, no dejaba de pensar en Caypor, otra víctima de las redes del espionaje.

El sonido monótono de las panderetas dentro de las cuales, hacían rodar una moneda de plata, aturdiran a Elsa, recordándole aquel botón fustado de cuero, y en su mente enferma por las sensaciones sufridas, se le representaron millares y millares de botones que danzaban vertiginosamente. Ashenden contemplando su palidez se escanció una copa de champán que la joven bebió como una automática.

Con aire despreocupado se les acercó el Mexicano que acababa de llegar, mostrando en la mano un telegrama.

— Soy caballero y no lo he abierto.

Ashenden corrió rápidamente el papel, desdoblándolo, y colocándolo sobre la mesa. Dotado ante la curiosidad de sus amigos lo fue desefrmando: «Recibido mensaje; ese no es nuestro hombre, sigan buscándolo, etc.»

— La sorpresa que invadió a los tres, fue enorme.

Ashenden se llevó la mano al corazón. ¿Era posible? Qué había hecho de su ciencia psicológica? Caypor era un sencillo burgués, un hombre pacífico, digno y celoso de su hogar. ¿Y él le había hecho matar!

— Es horrible! — murmuró, como si hablase consigo mismo.

Elsa, pálida, no dejaba de mirarle, mientras evocaba el rostro amable y confiado de la esposa de Caypor en aquella tarde trágica en que ella, cómplice del asesinato, derramaba el veneno de sus hipócritas correspondencias.

— ¡La vida de un hombre! Ahora, Ashenden alcanzaba a ver toda la trascendencia que tenía. ¡Cuán fácil era suprimir a un hombre! Sin embargo, no lo era ya tanto acomodar la conciencia a una tranquilidad estable, después de haberlo hecho.

— Siento repugnancia de mí mismo — confesó con voz lo suficientemente alta para que el Mexicano pudiese oírle.

— No seas estúpido — le atajó el aserino, con frialdad.

— ¡La idea espantosa de que he destruido un hogar no me abandonará nunca!

— Piensa que lo has hecho en bien de altas líneas políticas.

— No podré pensar más que he hecho cegado por la ambición personal.

— ¡Bah!

Elsa tenía los ojos humedecidos por las lágrimas y ello excitó la hilaridad del Mexicano.

— Valientes colaboradores me ha destinado el mandado — se burló.

— Nosotros estamos dispuestos a actuar en un plano de intriga y contra-intriga, simplemente, sin efusión de sangre — protestó, valientemente, la joven.

— Cuando se abraza una profesión hay que hacerlo dispuesto a apachugar con todas las consecuencias. En fin, no me habléis de cosas sentimentales.

— Usted es un monstruo!

Bruscamente, el Mexicano se golpeó las manos.

— A lo mejor estamos perdiendo el tiempo — exclamó —. No se olviden de que en la chaqueta de Mister Caypor faltaba el botón que hallamos en la mano contrahida del organista. ¿Qué explicación dáis a esto? ¿Era verdaderamente inocente?

Los dos jóvenes no dieron importancia a estas palabras. Elsa sintió que se agradecía más profundamente el recordamiento. — ¡Pobre Caypor!; sí era inocente.

— No hay que lamentarse. La muerte fue breve — comentó el Mexicano.

— No me encargó de este asunto — dijo resueltamente Ashenden —. He decidido dimitir.

— Entonces, ¿qué voy a hacer yo solo? Creo que lo más prudente es seguir hasta el fin, después, haz lo que te plazca.

— No. Tú te haspas solo para esta clase de asuntos.

— Yo, sin recursos no sé hacer nada. Necesito un cerebro que me guíe; luego yo hago el resto.

Mercedosamente para todos, la conversación fué suspendida, por la aproximación de una mujer joven y bonita, que se sentó al lado del Mexicano. Este ya no tuvo cabeza para nada más. Empezando con la desconocida un cruce de miradas y sonrisas y concluyendo finalmente por sentarse junto a ella. La pareja Ashenden respiró al desentramarse de él, que, cogido del brazo de la joven salió del restaurant.

Al día siguiente, en la habitación del hotel, Ashenden, inducido por Elsa, empezó a redactar la carta mediante la cual se relevaba del servicio que le había sido encomendado por ella.

Elsa estaba contenta, augurando días venideros repletos de dicha. Su mente, saturada de Ashenden, iba borrando lentamente el recuerdo de Marvin, a quien consideraba demasiado jovenzuelo y aturdido para hacerla feliz. Sin embargo, le debía algunos ratos de distracción, que también ibanse esfumando en el cielo del olvido. En cambio, la figura de Ashenden perfilábase más cada día, prometiéndola unas años de felicidad, y escondiéndola en la capa de su hombría y seriedad.

La tirantez primera que sostenían Elsa y Ashenden había cedido totalmente, iniciándose una nueva era de franca camaradería que bordeaba el comienzo de un idilio.

No había terminado la carta Ashenden, cuando se personó en la habitación el Mexicano, con una cara de Pascua, y acercándose al agente le explicó en breves palabras que había pasado la noche anterior con la joven del restaurant. Aprovechando la ingenuidad que, al parecer, tenía el asuberoso, logró descubrir que tenía amores con un joven empleado en cierta fábrica de chocolate, en donde habían diversos espías enérgicos. Deslumbrada por una fuerte suma que hasta le ofrecía, la mucheruela declaró que su amante sabía el nombre del jefe inglés que se hallaba en la localidad y que en breve partiría. Respondiendo a los deseos del Mexicano que se desahoga en halagos, quedó acordado que al día siguiente, éste visitaría la fábrica en calidad de turista, en donde se pondría en contacto con el amante, para averiguar el nombre del individuo en cuestión y entregarle la suma ofrecida.

Ya ves que no he perdido el tiempo. De un tiro maté dos pájaros.

Al principio Ashenden se negó a secundarle los planes, pero luego se dejó convencer por el Mexicano, que le aseguraba el éxito de aquella gestión, pudiendo, una vez realizada, deshacerse del cuerpo, si así lo deseaba.

Cuando Elsa regresó a la habitación, lo primero que vio fué la carta que Ashenden escribía. Inconclusa todavía, abandonada sobre la mesa. Tuvo unos momentos de coraje al ver que Ashenden no cumplía lo prometido, incapaz de substraerse a aquella vida de lucha a la que pronto se había acostumbrado y, por otra parte, le demostraba que su amor no era lo suficiente fuerte para ayudarlo a llevar a cabo aquel sacrificio.

Sintiendo un profundo despenho por el agente, resurgió en su mente vibrante, una vez, el recuerdo de Marvin, que si bien era algo ligero de casaca, a lo menos demostraba ser un muchacho incapaz de meterse en semejantes lico, y salió resuelta a otorgarle aquel cariño, tantas veces solicitado.

Pero Marvin se disponía a partir aquella noche; así que cuando oyó que Elsa solicitaba su compañía, por hallarse terriblemente sola, ésta, usando de un tono infantil, murmuró: —Lo siento, Elsa, pero me reclaman mis padres y no tengo más remedio que obedecer.

—Llévame contigo. Yo te aseguro que te he de dar muy poca molestia.



...y con pulso firme, empuña la pistola.



Elsa, apenas podía respirar...

Marvin dudó unos momentos. No cesaba de mirarla, poniendo en su expresión una sombra de duda, que pasó desapercibida para Elsa, cuya única idea era dejarse del hombre que después de adueñarse de su corazón la había hurtado.

—Llévame, te lo ruego, Paso un gran disgusto, y nada mejor que tú, podría consolarme.

La cara de Elsa reflejaba la mayor sinceridad, y Marvin, después de estar un rato silencioso y repentinamente serio, resolvió: —Está bien. Vendrás conmigo.

Ashenden, ajeno a la decisión tomada por Elsa, se presentó en la fábrica de chocolate, según habían convenido, acompañado del Mexicano, y preguntando por el gerente, quien no tardó en recibirlos.

—Señor — dijo Ashenden —. Somos unos turistas que deseáramos visitar la fábrica.

Al principio, el rostro del gerente demostró la mayor sorpresa por la petición, pero luego de repasarlos escrupulosamente, se convenció de que se trataba de dos turistas extravagantes, otorgándoles el permiso y poniendo a su disposición un guía.

Ambos hombres, precedidos por el empleado, empezaron el recorrido de las dependencias, simulando con gran atención las escueltas explicaciones que les daba el guía, y poniendo en sus ojos la mayor agudeza, repasaban todos los rincones, haciéndose enseñar hasta la más ínfima dependencia, por si en ella se encontraba el amante de la joven del hotel, que debía estar sobre aviso.

En la inmensa sala de empaquetar, el Mexicano, que se multiplicaba en la mirada, descubrió como un individuo de mediana edad escribía en el papel interior de una cubierta unas palabras, envolviendo luego una pastilla de chocolate, que luego de engomada, la depositó en la tabla corredora que ascendía conduciendo la mercadería hasta el primer piso en donde se embalsaba para su exportación. Sin perder de vista el paquete, junto al cual, un papecito blanco, colocado por descuido indicaba una contrasofía, siguió, haciéndose el distraído, a la misma marcha. Pero la tabla ascendente se metía por un agujero y el Mexicano, no tuvo otra solución que subir por la escalerilla de madera hasta el departamento del piso superior, en donde consiguió divisar como el papecito lentamente pasaba por el agujero, y metíase en otro. Al mismo tiempo que alargaba la mano

para apoderarse de él, otras manos viriles desde el otro lado se hacían suyo el paqueto, el Mexicano no tuvo otra solución que regresar al piso inferior, donde le esperaba el agente, a quien contó por lo bajo lo que había sucedido.

Ashenden ordenó continuara la visita como si nada hubiese visto, y siguió comentando con el guía la buena impresión que le producía aquella fábrica gigantesca, montada con los últimos adelantos.

Finalizaba ya la visita, cuando un ruido de coches les llamó la atención, viendo, a través de los ventanales, cómo la policía descendía de ellos, entrando en el local.

—Nos han descubierto — dijo Ashenden —. No hay más remedio que evadirse.

Ambos emprendieron una loca carrera, sorteando toda clase de obstáculos, ante las caras de sorpresa de la mayoría de los empleados, que, ajenos a todo cuanto sucedía, no atinaban a darse explicación alguna. Sólo tres o cuatro individuos que estaban en el ajo, permanecían impasibles, siguiendo con la vista la huida de los visitantes que se habían hecho pasar por turistas.

Con la alarma consiguiente irrumpió en la sala de empaquetar la policía, que ordenó no se moviera nadie, mientras las timbres de alarma de las otras dependencias no dejaban de sonar, ordenando el desalojo. Centenares de empleados dejaron la labor, saliendo a escape, a la calle, facilitando la captura de los indeseables que se habían introducido burlantemente.

Ashenden, seguido por su compañero, corría de habitación en habitación, buscando una ventana desde donde poder saltar o bien alguna salida disimulada, por la que no correrían el riesgo de caer en la trampa que tan bien les habían preparado.

Un joven, vestido con bata blanca, les seguía a toda prisa, saltando como ellos los tramos de las escaleras de dos en dos, y no cesando de llamarlos. Pero ni el agente ni el Mexicano se daban por entendidos, recelosos de que aquel individuo que les perseguía tan tenazmente, no fuera alguno de los espías contrarios que intentaban hacerse con ellos.

Después de una carrera loca de subidas y bajadas, esquivando a la policía y al individuo desconocido, llegaron a un pequeño recinto en donde el persecutor les dio alcance.

—Un momento. Antes de que venga la policía. Yo soy el novio de la joven del hotel.

Ambos hombres respiraron.

—Insegura. ¿Sabe usted el nombre del individuo que andamos buscando?

El muchacho estaba jadeante, pero así y todo tuvo fuerzas para decir:

—Sí, señor. Pero lo prometido es deuda. Quiero antes la cantidad ofrecida.

Ashenden que se impacientaba por los minutos que transcurrido, sacó de la cartera un fajo de billetes, alargándoselos.

Cuando estuvo convencido de que la cantidad que le habían dado era la estipulada previamente, les entregó un papelito blanco en donde trazó un nombre.

Ashenden leyó rápidamente, Marvin, apretando a correr y aprovechando la salida secreta que el muchacho les había indicado, consiguiendo así burlar, una vez más, a la policía.

Cuando se hallaron en lugar seguro, Ashenden volvió a leer el papelito, temiendo haberse equivocado ante las prisas. No cabía duda aquellas letras decían claramente Marvin; luego el copia tanto tiempo buscado, lo tenían a todas horas delante sus narices, ya que era, nada menos que aquel peyimetre.

Cuando regresaron al hotel se encontraron con la jaula vacía y que el pájaro había huido.

Interrogado el maître de hotel, éste declaró que la señora había partido, llevándose las maletas y acompañada del señor Marvin. Ashenden sonrió.

—Es más lista que nosotros — comentó el Mexicano —. Sin duda alguna estará sobre la pista y habrá descubierto que aquel imbécil no es tan tanto como demostraba.

A una velocidad vertiginosa, el tren que conducía a Marvin y a Elsa, atravesaba campos y llanuras. Los árboles desfilaban con tal velocidad que parecían pegados los unos a los otros, y la noche presentábase oscura como boca de lobo.

En el compartimiento de primera, donde viajaban, Marvin iba silencioso con el ceño fruncido como nunca lo había visto. Elsa se estaba por alegrarlo, pero el joven parecía hondamente preocupado, siendo atribuido por la joven a su presencia.

Después de respirar un poco de aire, Elsa abandonó unos

momentos el compartimento, saliendo a dar un paseo por el corredor.

El tren estaba materialmente atestado de tropa que se acomodaban como podían. Unos echados por el suelo y otros recostados por las paredes.

Sorprendida por tanto elemento guerrero, regresó de nuevo a su puesto, preguntando:

—¿Tú sabes porque hay tanto soldado en este tren?

Eso lo sabrás tú, querida — respondió Marvin con tonos mordaz, suprimiendo su gesto tan peculiar de chiquillo grande.

—La verdad, es que no sé de qué me hablas.

No te hagas la tonta. Elsa, hemos querido enganarnos mutuamente y creo que sonó la hora de quitarse las caretas. Tú estás en combinación con el cuerpo de espionaje alemán. Junto con Ashenden y el otro, buscáis en valde a un hombre a quien más que suprimir. Pero yo os he cogido la delantilla y ahora estás bajo mi tutela, Elsa.

—¿Tú? — exclamó la joven, dilatando sus hermosas ojos.

—Sí, yo.

—Me confundes, Marvin...

—No crees que ha llegado el momento de quitarnos la careta?

Elsa tenía conciencia de su misión policiaca, si no presente, lo suficiente reciente para contar con las más extravagantes imprevistas; sin embargo, este caso superaba toda imaginación.

Miró fijamente a su interlocutor, a su chiquillo, a ese hombre que aun teniendo la figura de tal, no merecía todavía el título, ni por su presencia ni por sus actos. ¿Era posible que...? Realmente, de sus pupilas enormes y negras como el azabache surgía ahora un brillo sereno que antes desconocían; sus mismos ademanes tenían un no sé qué de viril, de enérgico y combativo e inimitable.

—Adivina tu pasmo; quizá tienes razón. Verdaderamente, no lo esperabas, son sorpresas que hay que encajar con la máxima serenidad posible. Te he cazado.

—¿Me has cazado? — murmuró, con angustia, la joven.

Marvin no podía imaginarse que en el corazón de su prisionera tenía lugar una lucha de sentimientos que nada tenían que ver con el asunto del espionaje.

Así, que se encontraban dos almas recelosas y adversa-

rias en principio, desviadas del objeto por circunstancias incidentales que nada tenían que ver con él.

—Sí, te he cazado — repitió Marvin con un timbre de voz grave que estremeció a Elsa.

—¿Crees en mis sentimientos?

—No, nada tuyo me induciría a creer — replicó, secamente, el joven.

Elsa no lograba salir de su aturdimiento. Su pensamiento voló hacia Ashenden. Recordó sus últimas protestas de puro amor... la carta dándose de baja del cuerpo, carta no terminada. Todo era confuso en su imaginación; se le antojó suponerse prisionera en medio de una telaraña inextricable y repugnante, cuya inmensidad se perdía en el espacio... Se repitió las últimas palabras de Marvin.

Ella hicieron la luz en su cerebro, demostrándole que aquel hombre que buscaban y a quien tenían que suprimir, era aquel muchacho juaneton y calavera con quien habían simpatizado desde el primer momento. Ahora, Marvin, en plena función de su cargo, se le mostraba todo un hombre, de carácter firme e indomable.

Elsa estaba atardecida. Otra nueva angustia venía a sumarse a las pasadas anteriormente, temiendo, esta vez, por la vida de aquel joven, que a pesar de todo, era un caballero. Silenciosa se acurrucó en un rincón, aguantando la mirada dura de Marvin que la vigilaba constantemente, mostrándole la desconfianza que le inspiraba.

Por la mente de la joven cruzó como un relámpago el titubeo que había tenido cuando le pidió se la llevara. Se electrizó al pensar que aquel hombre había creído, sin duda, era una estratagemma para hacerlo caer en la trampa, y por su parte, no se veía con fuerzas para convencerle de que era lo contrario.

Marvin, seguro de que la joven no llevaba consigo ninguna arma de fuego, la dejó un rato, para repartir órdenes entre los oficiales que llevaba a su servicio, regresando a su lado sin despegar los labios y con la cara sombría.

Ashenden y el Mexicano no habían perdido el tiempo, logrando, tras malditos esfuerzos, introducirse en el tren donde viajaba la joven pareja.

Coyoteos y averías de esta clase de aventuras peligrosas, se metieron en un departamento del último vagón que estaba vacío, sin sospechar que los demás vagones iban atestados de tropa.

Pero todas las precauciones tomadas no fueron suficientes, ya que, siendo descubiertos, pasaron aviso rápidamente a Marvin.

Este, pálido de coraje, creyendo que los espías enemigos habían dado con él por mediación de la joven, le dijo, usando el tono más despectivo que encontró:

— Ahí tienes a tus amigos. Ahora vas a denunciarme y habrás cumplido con tu obligación.

— Nada de eso, Marvin; te aseguro que yo no sabía...

No pudo continuar; un nudo le apretaba la garganta y el sufrimiento se debatía en su alma, pensando por Ashenden que lo sabía a cercano a una muerte segura si no lograba poner en juego su peculiar ingenio y, por otra parte, sentía que Marvin fuera víctima de alguna desgracia, ya que el Mexicano, seguramente no desperdiciaría la ocasión de acabar con él, aunque supiera que había de costarle su propia vida.

El tren, insensible al drama que se masticaba dentro de sus vagones, seguía a toda marcha, tragándose los kilómetros y devorando el espacio, que Elsa lo veía largo, larguísimo, con un olor de eternidad.

Marvin, temeroso de que los pájaros de cuenta que se habían introducido en la trampa por voluntad propia, se le escaparan de las manos, decidió hacerles una visita. Pero antes, quiso probar hasta dónde llegaba la hipocresía de aquella mujer que lo acompañaba, ordenándole le dejara solo unos momentos.

Elsa, en cuanto se vió libre, securrió todo el tren en busca de sus amigos.

— ¿Qué hacéis aquí? — preguntó cuando estuvo frente a ellos.

— Venimos en busca de Marvin. Tú has tenido mejor olfato que nosotros, Elsa.

— No sé de qué me habláis — contestó.

— Marvin, el hombre con quien viajás, es el espía inglés que buscáramos en el Excelsior y que no debe llegar a destino.

— Imposible — murmuró quedamente —. Huid antes de que os cojan.

— De ninguna manera — respondió el Mexicano —. Traigo esto contigo y he de hacerlo servir.

El esabucoso, sacó un puñalito que mostró a la joven, volviéndoselo a guardar.

— ¿Estáis seguros que Marvin es el hombre que buscáis?

— Sin duda alguna — contestó Ashenden.

En aquellos momentos entró Marvin.

— ¿Cumpliste con tu obligación? — preguntó mordaz.

— ¡No! — contestó dignamente Elsa.

La joven intentó marcharse, molestia ante el tono que usaba Marvin.

— No se mueva nada — dijo este sacando su pistola —. Hemos de vernos las caras.

Ashenden hizo un movimiento de contrariedad al percibirse del peligro que corrían y de la situación embarazosa que atravesaban.

El Mexicano no perdió su acostumbrada sonrisa cínica, espiondo el momento oportuno para echarse las zarpas.

— Esta vez, señores, han vuelto a equivocarse — dijo Marvin —. El cazador resultará el cazado. Lo siento, pero ustedes harían lo mismo, ¿verdad Ashenden? Mejor dicho, señor Bruder?

Ashenden quedóse imperturbado, no acusando resaca de aquellas palabras.

Los minutos que transcurrieron fueron de honda angustia. Marvin hizo apartar a la joven, recluyéndola en un rincón y con el revólver en la mano se disponta a hacer la justicia por su propia mano, cuando un ruido de motores de avión se dejó sentir y una lluvia de bombas cayeron rotando el tren. Las ametralladoras no cesaban su tableteo, y los soldados, apostados en lo alto de los vagones disparaban continuamente sus cañones antiaéreos, intentando tocar los aparatos que en el silencio de la noche evolucionaban sembrando la muerte.

— Ahí tiene a los suyos — habló Marvin —. Seguramente han sido ustedes quienes han avisado. Sus amigos les obsequian con su acto de presencia.

Otra explosión más cercana despidió a los hombres unos contra otros, desarmando a Marvin que quedó a merced de Ashenden y del Mexicano.

Elsa, muerta de terror, seguía inquieta y pálida la escena trágica que se estaba desarrollando entre el estallido de las bombas y el tableteo intermitente de las ametralladoras.

El Mexicano creyó llegada la ocasión propicia y sacó su puñal, dispuesto a lanzarlo contra el pecho de Marvin, que lo miraba impassible. Sabía que la hora final le había sonado.

y esperaba sereno el desolado. Mientras tanto las bombas lanzadas con furia seguían explotando cada vez más cercanas, hasta que una de ellas hizo añicos el vagón donde estaban los tres hombres.

Entre un montón de escombros aparecieron los cuatro personajes. Elsa apenas podía respirar materialmente enterrada entre hierros retorcidos, sangrante y falta de fuerzas.

Ashenden hacía últimos esfuerzos para lograr salir de aquel caos de infierno, y las bombas seguían su ligubre misión.

El tren estaba despedazado, y sólo veíanse montones de carne humana.

Peró el Mejicano, testarudo y ansioso de cumplir con su misión antes de entregar su último aliento, logró, arrastrándose en un charco de sangre, llegar hasta donde yacía Marvin, que empezaba a salir del letargo producido por el golpe e intentaba escapar trabajosamente. Empañando el puñal, que había conservado fuertemente en la mano, lo clavó hasta la empuñadura, en el pecho de Marvin, que al sentirse herido le lanzó una mirada de odio mientras exhalaba un débil quejido, cayendo seguidamente al suelo.

El esabueso dilató la boca en una mueca que quería parecer una sonrisa. Pensando que él hacía las cosas más rápidas y mejor que ninguno y logrando incorporarse unos momentos, demostrando toda el valor que poseía su pequeña figura, miró con una profunda mirada de vencedor al caído, en un charco de sangre. Luego, vaciló unos segundos, cayendo desplomado sobre Marvin.

Las órdenes dadas por el general, concedo por todos sus hombres como era, habían sido cumplidas estrictamente, despreciando, inclusive, la propia vida.

F I N

Editadas

- Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
 * — 2. *El desfiladero pedregoso*, por Buck Jones.
 * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Lowe.
 * — 4. *La vida de la Bohemia*, por Martha Egghert y Jan Klepura.
 * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
 * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
 * — 7. *El tigre de Esnapar*, por La Jana.
 * — 8. *La tumba india*, por La Jana.
 * — 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
 * — 10. *El cantante de Viena*, por Jan Klepura.
 * — 11. *Juventudes rivales*, por Charles Farrell y June Marlet.
 * — 12. *La marca de Caín*, por Noah Berry (hijo) y Jean Rogers.
 * — 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
 * — 14. *Siete bofetadas*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
 * — 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschekowa y Karl Diehl.
 * — 16. *Muerte con honor*, por Buck Jones y Edward Keene.
 * — 17. *Belle en el Metropól*, por Henri George y Victoria von Ballasko.
 * — 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff, Bela Lugosi y Francis Drake.
 * — 19. *El Rapto*, por Gustav Fröhlich y Walt Jassent.
 * — 20. *Enternimiento*, por Buck Jones.
 * — 21. *Rosas Negras*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
 * — 22. *Jaque al Rey*, por Myrna Loy y Spencer Tracy.
 * — 23. *Caballería ligera*, por Marika Rökk y Fritz Kampers.
 * — 24. *Juventud de juventud*, por Sylvia Sydney y Herbert Marshall.
 * — 25. *Un mal paso*, por Keesa Maynard.
 * — 26. *Saratoga*, por Clark Gable y Jean Harlow.
 * — 27. *Crepúsculo Rojo*, por Rodol Forster.
 * — 28. *El Trío de la Fortuna*, por Lillian Harvey y Willy Fritsch.
 * — 29. *La que apostó su amor*, por Bette Davis y George Brent.
 * — 30. *Catalina*, por Franziska Ghal y Ahus Holt.
 * — 31. *La Rosa de los Tudor*, por Nova Pilbeam y Ledric Ardwicke.
 * — 32. *Facudato estudiantil*, por Kent Taylor y Arline Judge.
 * — 33. *Oriente contra Occidente*, por George Arliss y Lucie Mannheim.
 * — 34. *El Doctor Sócrates*, por Paul Muni y Ann Dvorak.
 * — 35. *Vals Real*, por Willi Forst y Helli Finkenzeller.

* Agotadas.

En preparación

UN PAR DE GITANOS, interpretada por
 STAN LAUREL y OLIVER HARDY

PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BAILLEN, 104

BARCELONA



N.º 36